



Los Agustinos Recoletos llegan a México

Ya te anticipábamos que esta bella historia, nuestra historia, la historia de los Agustinos Recoletos, la habíamos dividido en tres partes: 1) Nuestro nacimiento y expansión al mundo, misma que ya te presentamos en el capítulo anterior, 2) La llegada a este hermoso país, México, la cual forma parte de este capítulo y, finalmente 3) La historia de Santa Mónica, no la de la madre de nuestro Santo Padre Agustín de Hipona, sino la de nuestro Templo Rectoría.

Permítenos ahora compartirte cómo es que llegamos a estas latitudes. Te recordarás que fue en 1588 cuando en Talavera, España surgió la iniciativa de vivir más estrecha y austeramente y se le encomendó a Fray Luis de León la redacción de una nueva “**Forma de Vivir**”, esquema de vida que a lo largo de doce capítulos nos dice claramente el propósito de la “Recolección” Agustina; es por ello que nos consideramos deudores suyos.

Te recordarás que al poco tiempo se tomó la iniciativa de incorporar la vida misionera en nuestra forma de vivir, y que resultado de esta iniciativa, nuestros primeros hermanos se dirigieron a las Islas Filipinas, lugar a donde llegaron en 1606. Pues bien, aquí es donde se inicia nuestra relación con México.

La llegada a la Nueva España

El lazo de esa incipiente Provincia de San Agustín de los frailes Agustinos Recoletos con México se estableció “luego-luego”, que se dice. Está ligado este evento al padre Juan de San Jerónimo, muy en boca de los “entideros” de la Corte en España, pues se hablaba de él para ser Obispo de San Cristóbal de las Casas en la Nueva España (1603).

Solo que los Agustinos Recoletos habían nacido sin hambre de Mitras, pero sí, más bien, con pasión por lanzarse a la misión, cuya petición se formuló en el año de 1604. Para cumplir tales deseos y hacerlo en las Islas Filipinas, se debía pasar, para este efecto, por la Nueva España. Así México se colocó en la hoja de ruta de aquel providencial camino. De este modo se cambió “la mitra por la misión”, como se titula en nuestros libros.



En la ruta a las Índias orientales

Se toma la orientación hacia el occidente y se prepara lo oportuno para el viaje. Primero los frailes, de lo que se encarga nuestro padre Juan de San Jerónimo. Fueron trece en el grupo de “misioneros de cuerpo entero”; papeles en regla, media tonelada de equipaje, abultado ¿verdad?, pero para la misión todo necesario (libros, vestiduras, imágenes...). Provistos de todo aquello, y los papeles en regla, parten desde Sevilla, embarcando en Salúcar de Barrameda el 12 de julio de 1605. Después de una normal travesía llegan a la Villa Rica de la Vera Cruz, México el 17 de septiembre de ese mismo año.

La subida hacia México nos hace a todos rememorar las carretas y los arrieros con el halo del polifacético Beato Sebastián de Aparicio. Ya en la Ciudad de México quedan pendientes de trasladarse a Acapulco para embarcar. Les tocará continuar viaje en la nao “Espíritu Santo”; tenían por delante casi otros cinco meses de travesía para llegar a las playas de Filipinas el 22 de septiembre de 1606.

Volvamos la mirada de nuevo a México, donde la realidad les hace considerar la necesidad de tener una casa como un soporte para un viaje tan complejo y largo. Como se lee en nuestras crónicas: “casa donde puedan ser recogidos y atendidos desde que las flotas en que vienen de España llegan a esta tierra y hasta que se despachan para las Islas Filipinas, que es la mayor parte del año y algunas veces más, y por falta de dicha comodidad y regalo mueren”. Los superiores no desean que quede perdida la misión por carecer de un lugar de reposo y recuperación.

De este modo se desea tener como un campamento base y en eso se ponen abusados. Tras algunos intentos, todo ello se concreta en una casa de vecindad, una Iglesia y un convento.

A todos los Recoletos nos da una nostalgia especial pasear por la Capital de México con su Zócalo, la Catedral y el Templo Mayor. Porque en ese rumbo nos vamos de inmediato a topar con nuestros sólidos recuerdos y con una esquina que habla de nuestra identidad: la hornacina en la que se encuentra vigilante y protectora la imagen de San Nicolás de Tolentino, quien en buena lid resultó patrono contra los terremotos.



En un primero momento, se llamó calle de *Tacuba (Sobre los Juncos)*, después *calle de las Escalerillas*, más tarde *Calle del Hospicio de San Nicolás* y, a partir de 1929, *Calle de República de Guatemala*.

La construcción de esos tres inmuebles (hospicio, iglesia y casa de vecindad) fue lenta y costosa. El proceso se inicia el año 1660; la obra, en un principio, en realidad fueron remiendos hasta que en 1683 se le tomó en serio.

Ya no entramos en las vicisitudes históricas y sólo queremos hacer constar que los tiempos revueltos de comienzos del siglo XIX nos invitaron a desprendernos de las propiedades antedichas y de unas haciendas, cuatro, todas en el Estado de México, adquiridas para dar apoyo a las misiones en Filipinas.

Trámites legales, apoderados aprovechados y tensiones hizo que se malvendiera todo. Parece que durante este siglo se nos fue en pleitos para conseguir muy poco y que, tras retorcidos procesos, se pudiera poner un lema: “Hasta pronto. . .” o “. . . volverán las golondrinas”.

Pero esto es una nueva página en nuestra historia que nos lleva a la actualidad, terminando nuestro recorrido con el ojo puesto en nuestra Rectoría de Santa Mónica, tercera parte de la historia que te compartiremos en los Agustinos Recoletos en Santa Mónica.